



1.



2.

Invitación al vacío

En 1922, un par de años antes de morir de una tuberculosis diagnosticada desde 1917, Kafka escribió un texto corto llamado "El primer sufrimiento". Cuenta la historia de un trapecista cuyo secreto, como el de todos los que ejercen un oficio semejante, yace en el equilibrio. Pero, a diferencia de los demás, el personaje permanece en el aire, vive sobre el trapecio en un balance perpetuo. El suyo no es simplemente un ejercicio profesional: su vida opera en el equilibrio, en la posibilidad latente de caer al vacío, en su confrontación constante con la muerte. Esta serie de dibujos se mueve, como toda la obra de Daniel Acuña, en esos bordes que no se permiten una definición, que nunca dan una sensación de clausura

-Son nubes, por supuesto-, diría un lector que por primera vez llega a esas imágenes. Ese lector, sin embargo, somos todos, ya como lectores primerizos de la obra, ya como visitantes recurrentes. Nuestra mirada occidental *define*: fija los significados, como si no quisiera enfrentarse a los malestares del movimiento. Pero la obra de Acuña demanda pluralizar el lugar de enunciación para pararse sobre ese mismo borde, el único acceso a ese espacio incierto que en la propuesta se mueve entre la horizontalidad histórica que hombre y naturaleza han construido en Oriente y la tradición antropocéntrica de Occidente. Quedarse en la nube es, al final, tan reductivo como ignorarla.

Llegar a esa relación con la incertidumbre es, simultáneamente, una invitación al borde. Y, como Kafka, que sabía su muerte cercana por su diagnóstico, *habitar* ese borde es familiarizarse con la muerte, con el vacío. Es llamarnos al conflicto que implica esa ruptura; a conocernos y entendernos no como individuos propios de una sola tradición sino como un cúmulo de fricciones que se encuentran en la aceptación de que somos seres sujetos a una tensión permanente.

Sentarse a mirar las nubes es, entonces, dejar de lado la otra mitad de la obra de Acuña. Como en un mapa, tenemos que desdoblarnos. Mirarlas, ver sus detalles, *saberlas* nubes. Pero también es necesario *caer*: entrar en ellas, transitarlas y recorrerlas para entender que no son más que aire, vacío infinito condensado en una forma informe. Y allí, afuera y adentro de la obra, es donde está el grueso de la propuesta. Permitirse ese desdoblamiento es un proceso de desaprendizaje tenso y frustrante que nos confronta con años de ilusión de individualidad y de control. Es enfrentarnos con que nuestra perspectiva es en sí misma un límite que prescinde de otra, tan infinita y añeja como la occidental. Es deconstruirnos para movernos con la obra en el borde. Es, en definitiva, una invitación a mirarnos en la muerte y entender que no somos más que la extensión transitoria de ese vacío; que miremos la nube y que volvamos a *entrar* para, una y otra vez, encontrar equilibrio entre el paso firme y el paso al vacío.

—Pablo Obando Guzmán**

* Artista visual de la Pontificia Universidad Javeriana. Su trabajo aborda fenómenos como la muerte, la violencia y la naturaleza, nutriéndose del contraste entre el pensamiento oriental y occidental. Desde el dibujo, la escultura o la instalación, involucra el uso de referentes mitológicos, históricos y filosóficos en las reflexiones que surgen desde el trabajo con la materia, resignificando sus procesos de creación.

**Maestro en literatura y doctorando en tregua. Dedicó su tiempo a diferentes proyectos de escritura para investigar cómo la literatura puede ajustarse a las dinámicas socioeconómicas actuales sin caer en la prescripción o el mercantilismo.

1.
*No. 39 de la serie
Cloud spotting
and Other Aimless
Endeavors*

Daniel Acuña*
Carbón comprimido
sobre papel
25 x 25 cm
2017

2.
*Cloud of Dharma
Tryptic I;
Cloud of Dharma
Tryptic II*

Daniel Acuña*
Carbón comprimido
sobre papel
120 x 90 cm
2017